

**Jornadas de Historia y Análisis cinematográfico. Palacio de Colomina 13.12.2016**  
**MALESTAR Y CINE**  
**BERLANGA: En torno a Calabuch**

**ECOS DEL PASADO PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE UN TIEMPO VIVIDO**  
**Amparo Zacarés<sup>1</sup>**

*“Entre la burla (que, como ya he dicho en el Corolario1, es mala) y la risa, establezco una gran diferencia, porque la risa, como también la chanza, es un puro gozo y, por consiguiente, suponiendo que no sea excesiva, es buena en sí”*  
SPINOZA<sup>2</sup>

Hay al menos tres elementos que configuran la cinematografía de Luis García Berlanga: el humor, la lucidez y la crítica social. Tres elementos que reunidos y combinados entre sí explicarían con creces la característica socarronería de su proyecto artístico. Ahora bien, en este foro en torno a uno de sus películas más célebres como es *Calabuch* de 1956, nominada a mejor película en el festival de Venecia, es preciso resaltar la importancia de la obra berlanguiana para documentar en clave de humor nuestra historia reciente, nuestra memoria social y colectiva, imprescindible si se quiere comprender la forma de vida de un pasado no muy remoto y analizar con perspectiva suficiente el presente. Al respecto resulta determinante el *tempo* en el que transcurren los hechos que se producen en el pueblo costero de Calabuch, donde un buen día aparece el profesor George Hamilton a quien, bajo su aspecto de viejo bonachón, nadie es capaz de identificar con el científico en investigaciones espaciales y militares que ha desaparecido voluntariamente de su país.

Poder revisar esta película, dentro del conjunto de la producción de Berlanga, me permite abordar el rasgo de humanidad que había en su permanente cabreo, con todo y con todos, del que él mismo hacía gala y que, según decía, le sobrevivió al tercer día de nacer. En mi opinión es en esta película donde su humor es más entrañable que nunca y donde mejor nos conduce a no burlarnos de los demás sino a comprenderlos o, lo que lo mismo, a comprendernos. Quiero decir con ello que el cineasta utiliza una estética coral gozosa para desvelarnos con gran lucidez los rasgos más divertidos de la vida. No en vano se reconocía a menudo como un pirotécnico valenciano, que era otra manera de decir que concebía el cine como un espectáculo alegre y colorista.

Antes de proseguir, quisiera decir que para hablar de Calabuch lo primero que me vino *in mente*, en esta época de modernidad líquida como la llama Bauman<sup>3</sup>, es esa forma que tienen los personajes de Berlanga de rescatar del olvido situaciones pasadas, por disparatadas que sean, con las que reivindicar un relato común ante los demás. Es esa manera de estar anclado en un presente pueblerino, imaginativo e inofensivo, la que hace que esta película funcione hoy como metáfora de un tiempo vivido con la que reflexionar sobre nuestro modo efímero de estar en el presente, donde todo dura lo mínimo y donde las nuevas tecnologías han modificado el uso del tiempo y la concepción del espacio. Ese tiempo vital, arraigado en la empatía, la alegría y la generosidad que retrató con humor Berlanga, podría hoy ser un prisma en el que mirarse las sociedades más desarrolladas para intentar salir de tanto hastío y tanta desesperación.

La trama es sobradamente conocida. Con la hospitalidad propia del Mediterráneo, el experto en física nuclear que aparece de improviso en el pueblo, es acogido de inmediato entre sus gentes. A partir de aquí se suceden costumbres y tradiciones con la vertiginosidad y lentitud necesarias para que los recuerdos perduren. Todo gira alrededor de un espacio vital en el que los personajes, protagonistas y de reparto, exhiben una forma de vivir reposada y festiva, que funciona al margen de la premura que en su país se tiene por recuperar al desaparecido sabio e incorporarlo de inmediato a sofisticadas investigaciones científico-técnicas, presumiblemente de carácter militar. En esos extremos, entre un tiempo relajado pero hilarante y otro apresurado pero serio, se resuelve esta magistral comedia coral. De hecho el personaje de George Hamilton disfruta al verse inmerso en un tiempo existencial que

1 Amparo Zacarés Pamblanco es profesora de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Jaume I (Castellón)

2 *Ética*, IV, escolio de la proposición 45

3 Bauman, Zygmunt: *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Española, 2016

culmina con la construcción de un cohete con el que vencer al pueblo rival de Guardamar en el concurso de fuegos artificiales, convocado para las fiestas patronales.

Otro motivo que también invita a la reflexión histórica es el hecho de que esta película fuera rodada enteramente en Peníscola y que participaran extras locales. Por este motivo, siempre en clave de humor, Calabuch ofrece la oportunidad de conectar con nuestro pasado para saber quienes somos y por qué fuimos como fuimos. Se trata en parte de un conocimiento sobre nosotros mismos pero también de nuestro medio natural y entorno paisajístico. De hecho sesenta años después de ser rodada en Peníscola, tras la remodelación urbanística que ha sufrido la costa valenciana, esta ciudad resulta irreconocible en las imágenes aéreas que muestra el film. Como se sabe con la proliferación de edificios que cercan esta ciudad y toda la costa mediterránea, los parajes naturales han perdido gran parte de su encanto y el turismo, masivo en temporada alta, convierte en intransitable los bellos rincones de la subida al castillo del Papa Luna. En ese sentido esta película ofrece el valor adicional de ayudarnos a evocar y, en consecuencia, a criticar el impacto de lo sucedido en el medio natural.

Con todo no hay que olvidar que Calabuch, como buena comedia que es, provoca risas y sonrisas en las secuencias filmadas alrededor de una historia de lo cotidiano, en aquello que les pasa y no les pasa a los personajes. Es en ese contraste entre el ayer y el hoy, donde había artesanía y no informática, cuando aún no existían los nativos digitales, donde puede constatarse cuánto se ha perdido en la inmediatez del contacto humano y cómo las explosiones de alegría colectiva, lejos de estar programadas por un ocio consumista, surgen de impulsos sencillos, festivos y transgresores. Así es de destacar la alegría con la que los personajes se toman los agobios diarios, gastándose unos a otros pequeñas bromas, presumiendo de júbilo vital. Una cárcel que se abre a discreción del encarcelado, una partida de ajedrez jugada desde las atalayas en las que los contrincantes se encuentran, una corrida de toros en la playa, un cohete propulsado por fuegos artificiales para saldar la rivalidad comarcal, ... Todo lo que ocurre, por ser risible y ridículo, exhibe la estética coral propia de Berlanga con la que el cineasta trata la condición humana cuando lucha contra el aburrimiento, el miedo o la injusticia.

No cabe duda que esta comedia contribuye a restaurar un relato de lo humano y nos da la oportunidad de recordar y reanimar maneras de relacionarnos entre sí. En Calabuch la forma en la que sus protagonistas están vinculados, muestra cómo somos seres ineludiblemente relacionales que nos alegramos y sufrimos con los demás, como sucede cuando de manera unánime el pueblo responde ante la flota americana que amenaza con llevarse a aquel sabio bonachón, que ya es uno más entre todos. Es cierto que la ceremonia de la despedida es inherente a nuestro estar siempre en trayecto pero la manera de decirnos adiós, con indiferencia o gratitud, es lo que cuenta para nosotros. Y esto resulta del todo evidente en la algarabía que se monta en las escenas finales cuando tras la tensión, la tristeza de la despedida se trueca en agradecimiento por haber compartido con él las peripecias que les han unido aún más como grupo.

Desde luego no sé que diría Berlanga si me escuchara comentar su cine citando a Bauman o Spinoza. Pero su cine se presta a una mirada sociológica lúcida y enriquecedora que no deja de ser el reflejo histórico de una época. Basta echar un vistazo a toda su filmografía para constatar que el cineasta vivió rodando nuestra historia, la de la España del franquismo y del posfranquismo, de la guerra civil, de la dictadura y de la transición. Berlanga relataba lo que ocurría a su alrededor con guiones cuyas chanzas siguen provocando carcajadas o sacando sonrisas. De entre todas sus películas, esta comedia de humor blanco se presenta como un mosaico de recuerdos y vivencias de una época en la que los sueños comprendían placeres sencillos y naturales. No resulta extraño pues que despierte curiosidad y que se la evoque hoy como expresión de un tiempo donde los acontecimientos se podían saborear sin prisas y se vivían con desparpajo lúdico, sin presión consumista o mediática.

De esa sencillez que es libertad y ligereza, que enseña a desprenderse de lo innecesario, brota la alegría con la que el personaje de George Hamilton encuentra la manera de dar sentido a su estar de paso que también es el nuestro. Todo un acierto que convendría reconsiderar para conjurar el hastío y la insatisfacción del modo de vida de las sociedades desarrolladas. En Calabuch se nos invita a mantenernos, a la manera spinozista, siempre alegres, a saber bromear y reimos de forma gozosa y afirmativa, como ejercicio de vitalidad y de humanidad. No estaría de más que lo recordásemos con el fin de corregir tanto despropósito y tanta futilidad imperante. Una lección a tener en cuenta que demostraría una vez más cómo el humor de Berlanga, blanco, negro o ácido, siempre es algo muy serio.

---

Valencia, diciembre, 2016